Comunicadores y educadores: ¡renovarse o cambiar de oficio!

Sin abandonar ni por un instante la necesaria vigilancia sobre la problemática moral y política del hecho comunicacional, país por país, caso por caso (vigilancia que debemos ejercer a salvaguarda del *pluralismo*, para impedir que la libertad de comunicar se concentre en déspotas políticos y mercantiles), sin abandonar digo la lucha por una praxis comunicante decente y democrática, el momento ha llegado de volver a preguntarse por las comunicaciones en su dimensión trans-ideológica, desde una esfera conceptual de más elevada órbita. Ellas ya no son lo que fueron hace tres o cuatro décadas, ellas están literalmente transfigurando el mundo del hombre y su relacionalidad con el otro, y no por intervención deliberada y externa de filántropos, laboratorios sociales o iluminadísimos reformadores, sino por un imprevisto salto endógeno y ontológico a una dimensión ante la cual las categorías de la praxis ético-política no siempre dan para comprender a cabalidad sus enormes cambios presentes y futuros. Históricamente hablando, estamos inmersos hoy, sin tener plena conciencia de ello, en el rápido tránsito de una época cultural que duró treinta y cuatro siglos a otra fulgurantemente diversa que apenas comienza y que describiremos someramente dentro de poco.

Ante semejante panorama, lo primero que cabe constatar con lucidez y humildad es que muchos conceptos hasta aquí pacientemente elaborados por la comunicología y otras ciencias sociales en el último siglo ya están listos para ser embalsamados y enviados a los archivos muertos. Quien les habla, por ejemplo, pertenece como tantos otros a una generación de comunicadores y comunicólogos que durante decenios –lo que duró el imperio incontrastado de la radiotelevisión– denunció tenazmente el universal y antidemocrático acaparamiento de medios por gobiernos y empresas, y la "comunicación que incomunicaba". Estábamos en lo cierto. Si comunicar es dialogar en ámbito genuinamente pluralista, entre interlocutores dotados de una misma capacidad de emisión, aquello no era comunicación sino adoctrinamiento ideológico y comercial univectorial, siempre de arriba abajo y de respuesta imposible o diferida. De los países de la Cortina de Hierro ni se hable; la radiotelevisión pública de países tanto democráticos como autocráticos era casi toda monopólica, comenzando nada menos que por la BBC; la comercial privada era oligopólica y de poderes extralimitados dondequiera logró imponerse. Los tres sistemas, por así decirlo, cultivaban el proteccionismo, el "políticamente correcto" y sencillamente se ignoraban y desconocían. Cada quien defendía con las uñas su coto y territorio, tanto comercial como políticamente, tarea facilitada por la baja tecnología de la época; la exURSS –me confió una vez un funcionario soviético de un organismo intergubernamental– consumía electricidad por mil millones de dólares anuales para introducir ruido en las señales radiotelevisivas que occidente dirigía a países de la Cortina (y sin muchos resultados, me añadió *sottovoce*). De este lado del océano, donde se impuso tempranamente un sistema de explotación privado y comercial de los medios radioeléctricos (recordemos que el *public broadcasting* norteamericano solo pudo ver la luz en 1974 aceptando pesadas limitaciones), pocos y poderosos acaparadores (ABC, NBC, CBS, los Mariño, Cisneros y Azcárraga, verdaderos chama-

Estamos en presencia de un paisaje cultural distinto. Alguien diría que se trata de una época desordenada culturalmente, pero rica y diversa a la vez. Este nuevo tiempo genera profundos cambios en los modos de ser y de convivir, incluso en la manera de producir y de transmitir el conocimiento. Después de pasearnos por los cambios que se han producido en las formas de comunicar y educar, el autor nos expresa de manera tajante, casi concluyente, que la educación tendrá que aceptar que avanza a grandes pasos una impetuosa convergencia entre procesos formarles e informarles de transmisión del saber.

ANTONIO PASQUALI

nes y dueños de la palabra en su época) ejercían control casi global de sus cautivas audiencias gracias a su preponderante, protegido y aplastante poder de emisión, ponían las reglas del juego, pagaban y se daban el vuelto, nombraban y quitaban ministros y gobiernos, tenían sus listas negras de gente y partidos a silenciar y cero *feed-back;* todos sentados a escucharlos en silencio, en el rol de mudos perceptores: o sus mensajes o nada. Si reducimos algo más el ángulo de visión a América Latina, constataremos que esa hipertrofia de nuestros emisores radiotelevisivos alcanzó los niveles que alcanzó por ejercerse en espacios culturales que no clasificaban como "sociedades de lectura", por lo que el audiovisual gratuito pudo expandirse más fácilmente a expensas sobre todo del ya escaso impreso libresco y periódico. Un buen indicador del fuerte desequilibrio mediático latinoamericano en favor sobre todo de la TV es el prorrateo de su gasto publicitario nacional. Durante los mencionados decenios, diez países (casi siempre los mismos) encabezaron la lista mundial de los que invertían mayoritariamente en TV, hasta alcanzar aberrantes promedios superiores al 80%, y de esos diez, nueve eran latinoamericanos, con México a la cabeza; un cuadro que casi no ha cambiado hasta hoy. Añadamos también, en honor a la verdad, que aquellos decenios coincidieron con los de la Guerra Fría; lo radioeléctrico fue uno de sus principales instrumentos de control social y guerra ideológica creando, tanto en oriente como en occidente, rígidos estereotipos de comportamiento comunicacional que pocos estaban interesados en violar.

Bien; aquel entorno radioeléctrico univectorial, de Guerra Fría, manipulador y persuasor sin genuino pluralismo ni válvulas de escape concluyó a nunca jamás, y quien insistiera hoy en afirmar que las comunicaciones incomunican sería tildado de ideólogo trasnochado. En los últimos treinta años, los modos de comunicarnos y las densidades de sus medios de acceso y participación han evolucionado de manera exponencial por obra de varias revoluciones conceptuales, tecnológicas, semánticas, económicas y políticas que han transfigurado en su esencia el "estar-con-el-otro", la relacionalidad humana en su conjunto y sobre todo en sentido positivo, reintroduciendo democracia y pluralismo en las comunicaciones donde solo había medios acaparados por dictadores políticos y de mercado (recordemos, como ironía histórica, que parte de esa reintroducción de democracia en la comunicación deriva de invenciones militares…). Esta revolución es de tal magnitud que en poquísimos decenios ha hecho de las comunicaciones el capítulo más relevante de la economía mundial y el de mayor valor agregado, pese a que muchas Academias de Ciencias Económicas persistan tozudamente en ignorarlo. Hoy día, y no todos los comunicólogos lo saben, gastamos anualmente en comunicaciones 13% de la riqueza globalmente producida por el mundo (tan solo en telefonía desembolsó la humanidad el pasado año 1.500 millardos de dólares… ¡2% de ese PIB!) y consumimos en el empleo de medios de comunicación 10% de la energía eléctrica que la humanidad produce. Su crecimiento en tecnologías de punta, que hoy se llaman banda ancha, *smartphones*, GPS o fibra óptica submarina, llega por momentos al 40% anual; el glorioso teléfono, patriarca de la comunicación dialogal, es el primer *gadget* de la humanidad que alcanzó un status realmente universal, con densidades ya superiores a 1 por terrícola. ¡Datos sobrecogedores, que ilustran las bases económicas de lo logrado hasta hoy! En capacidad de cálculo, estamos próximos del *exaflop*, esto es al millardo de millardos, o trillón de operaciones/segundo. En almacenamiento de todos los sistemas de símbolos existentes: textos, cálculos, imágenes o sonidos, el acopio casero es ya en *terabytes* y navegamos raudamente hacia el *petabyte*, los 1.024 millones de gigas, que significará guardar almacenados casi todos los libros y películas de la humanidad en un rincón del disco duro debajo de nuestro escritorio (¿se acuerdan de un tal Bill Gates que escribió en 1981 "no hay razón para que los usuarios de computadoras deseen una memoria superior a 560 kilobytes"…?). Pero es en intercambio de mensajería, que más de cerca nos toca, donde flotamos en pleno vértigo: cada 48 horas lanzamos a la red cinco *exabytes* de información (5 mil millones de gigas), equivalentes a toda la información generada por la humanidad desde el 7 mil aC. al 2003 de nuestra era, mientras Cisco asegura que antes de 2020 llegaremos al *zettabyte* anual, al millón de millones de gigas; cada 24 horas visitamos *google* unos 7 mil millones de veces y cada día nos intercambiamos 300 mil millones de emails (les dejo la tarea de añadir a estas cifras cósmicas el flujo diario de mensajes vehiculados por otras vías: *sms*, *whats-app* y similares, *Wikipedia, twitter, facebook*, la propia telefonía etcétera etcétera). ¿De dónde y por qué estalló tanta gula por emitir, por vivir en permanente y por momentos exagerado y caricaturesco estado de hipercomunicación? Como todo lo bueno, le saldrán a este neonato muchos padres; incluyamos en la larga lista una hipótesis más, la siguiente: ella es la reacción explosiva, dionisíaca y lúdica a décadas de comunicación impedida, unilateral, controlada y costosa, una genuina embriaguez de intercomunicabilidad finalmente banalizada, un gozoso estado de relación casi permanente y barata con otros sin presencialidad, que algún día volverá a más normales cauces pero que se mantiene por el momento anormalmente elevado, consolidando poco a poco inéditos modos de relación humana. Cada vez que hablamos una media hora por videoconferencia *skype* con un familiar que vive en otro continente, gratis o gastando 0,17 euro, los viejos comunicólogos recordamos que los telegramas del primer cable transatlántico de John Pender costaban en 1866 10 francos-oro la palabra; cuando leemos de noche por internet, gratuitamente, tres o cuatro grandes periódicos internacionales, un lujo sibarítico hoy banalizado del que solo disfrutaron hasta los años 70 del pasado siglo jefes de grandes potencias y multimillonarios; cuando hacemos estas cosas hoy rutinarias, los menos jóvenes, los que venimos del teléfono de manivela, seguimos experimentando breves asombros, fracciones de aquel *taumazéin* del que aseguraba Platón que era la matriz de todo saber y progreso.

Llegados aquí, y conforme a una retórica ya bien rodada, procedería entonar un panegírico de aquellas asombrosas y convergentes ciencias y tecnologías matemáticas, cibernéticas, electrónicas y espaciales, causantes de todos nuestros bienes, que nos han traído hasta acá y nos lleva-

(...) aquel entorno radioeléctrico univectorial, de Guerra Fría, manipulador y persuasor sin genuino pluralismo ni válvulas de escape concluyó a nunca jamás, y quien insistiera hoy en afirmar que las comunicaciones incomunican sería tildado de ideólogo trasnochado.

rán a los *cyborg* y *artilecs* de un mañana muy próximo; procedería reconocer, en una palabra, que todo se lo debemos al progreso tecno-científico. No, no lo haremos, y por colmo denunciaremos esas rutinarias, parcializadas y perezosas apologías como un caso macroscópico de injusticia histórica. Otros y superiores fenómenos culturales son los que están a la base de todas las formas del progreso hasta aquí citadas, otra la causa sustantiva del *salto ontológico* o de esencia, en nuestros modos de ser y convivir; una causa interna, inherente al propio comunicar que cada vez ha venido a simplificar y democratizar la comunicación, y ese fenómeno consistió en un cambio de código con el que nos expresamos, conservamos y comunicamos el saber. Sucede por segunda vez en la historia cultural de la humanidad, y los comunicólogos hemos de prestar particular atención a esos dos momentos que transfiguraron el humano progreso, porque en ambos casos se trató de un salto cualitativo en las formas expresivas, en nuestro modo de conservar y comunicar el saber, ya que nuestra cultura otra cosa no es, en última instancia, sino lo que podemos conservar, reproducir y transmitir de ella. El primero de tales saltos fue la invención del alfabeto y su correspondiente escritura (en la cultura occidental el lineal fenicio) para la conservación y comunicación analógica del habla; el segundo consistió en la aplicación de ese super-alfabeto de dos signos apenas, el milenario código dígito-binario chino, no solo al habla sino a todo lo expresable, conservable y comunicable por cualquier sistema de signos. Desde esta perspectiva, el progreso humano exhibe tres códigos y tres etapas: la oral y ágrafa, la alfabética y la dígito-binaria, y un *iter* de lo imposible a lo difícil a lo más fácil gracias a sintaxis de signos siempre más manejables, perfectos, fácil e ilimitadamente almacenables y universalmente utilizables, lo que nos permite determinar que el humano saber solo puede progresar en la medida en que aprendemos a mejor conservarlo y comunicarlo.

Fue Galileo quien con su *Diálogo sobre los dos Máximos Sistemas* rinde el primer homenaje al que califica como el más prodigioso invento humano, "a aquellas mentes eminentes que imaginaron la manera de comunicar sus más recónditos pensamientos a cualquier otra persona aún alejada por larguísimos intervalos de espacio y tiempo combinando unos veinte caracterzuelos..." es decir, a aquellas *mentes eminentes* que en Ugarit, en el siglo XIV a.C., inventaron el alfabeto y a las que nadie jamás ha levantado estatuas, lo que hizo exclamar en 1991 a Mark Weiser: "Las tecnologías más fundamentales son las que se vuelven invisibles. Ellas se entretejen con la vida cuotidiana hasta volverse indistinguibles de ella. Considérese la escritura, la primera gran tecnología de la información: ella se volvió rápidamente ubicua e invisible". La primera revolución expresiva, la alfabética, se produce hace 34 siglos a partir de la genial idea, nacida en Ugarit de Siria, de no representar más cada objeto por un grafismo sino inventando un código de 22 signos que exprese los sonidos emitidos por nuestra laringe, lo que permitía conservar muy fielmente todo pero solo lo hablable, incluyendo abstracciones que ningún ideograma o jeroglífico podía encifrar; el segundo en el siglo XX de nuestra era, tras la recuperación por Leibniz y otros del milenario sistema binario chino del mítico emperador Fo-Hi, que permitió el perfeccionamiento de un código dígito-binario de infinitas capacidades expresivo-comunicativas, no limitadas al habla ya que podía codificar no solo la voz sino datos, imágenes y sonidos, todo a base de 0 y 1. El alfabeto ugarítico, nacido cuneiforme y pronto transformado por los fenicios en escritura lineal sobre papiro, comenzó a emigrar por obra de esos grandes navegantes y hacia el siglo IX llegó a Grecia, permitiendo a los griegos alfabetizar y conservar en papiros su maravillosa lengua. Bastó poco más de un siglo para que los helenos, herederos de una cultura ágrafa, regalasen al mundo el imperecedero *Ciclo Homérico*, la *Ilíada* y la *Odisea*. Siglos después aún sobrevivían en Grecia ocasionales reaccionarios como el mismísimo Sócrates, el que nunca quiso escribir nada y del que recoge Platón, en su *Fedro*, una celebérrima invectiva contra la escritura y el libro, empobrecido *ersatz* de la genuina *paideia* presencial y ficción de verdadera educación.

> *La primera revolución expresiva, la alfabética, se produce hace 34 siglos a partir de la genial idea, nacida en Ugarit de Siria, de no representar más cada objeto por un grafismo sino inventando un código de 22 signos que exprese los sonidos emitidos por nuestra laringe...*

El salto a la segunda revolución expresiva, la dígito binaria, hoy en fase de desarrollo exponencial, está aún por ponderar en todas sus dimensiones culturales, y creo que una parte relevante de esa ponderación corresponde a comunicadores y comunicólogos. Los 600 o 700 mil caracteres analógicos de un libro palidecen hoy ante los billones de pixels de una hora de TV o de un cálculo meteorológico o nuclear; con un solo código, el binario, lo enciframos todo, pisando una tecla enviamos torrentes de informaciones, y subimos o bajamos de la red, conservamos, copiamos y retransmitimos saberes enciclopédicos; el espacio ya no determina el tiempo, la información llega simultáneamente no importa donde, la red ofrece prácticamente a todos, todos los contenidos de los demás medios y muchísimo de lo que la escuela tradicional enseña en el aula; un poder que nos había sido secuestrado, el de emitir, ha vuelto a manos de todos. Sobre esta gigantesca transformación de lo que comunicamos, formal o informalmente, aún reina la mayor confusión, y faltan muchos congresos y debates antes que obtengamos acuerdos y consensos mínimos en la materia; tal vez una neo-ciencia general de la comunicación (sobre el modelo de aquella *ciencia general de los signos* intentada en los años treinta del pasado siglo por Morris y demás semiólogos norteamericanos) pudiera facilitar la tarea. Limitémonos a dejar en claro algunos criterios que hoy lucen adoptables y que pueden facilitar personales meditaciones en la materia.

Primer criterio:

Lucen rechazables todas las diatribas contemporáneas contra la revolución dígito-binaria, por ejemplo la de Nicholas Carr autor de la obra *¿Nos está Google volviendo estúpidos?*, o las consideraciones de Vargas Llosa "*los jóvenes, al chatear por medios electrónicos, piensan como monos"*, por intrínsecamente estúpidas y demodées; ellas se abalanzan contra lo electrónico y en favor del libro con los mismísimos argumentos con los que Platón despotricaba contra el libro en favor de la paideia presencial, pero sobre todo fingen desconocer algo capital: tanto el al-

fabeto como lo binario han producido un gigantesco proceso de democratización de la cultura que no siempre es del gusto de las almas conservadoras. El alfabeto por ejemplo liquidó rápidamente la figura del escriba, ese poderoso dueño del verbo al que los egipcios erigían estatuas y que ya los Evangelios, de época alfabética, ponen en mala luz al lado de los fariseos; todos podían ahora aprender a manejar dos docenas de caracteres contra los 7 mil símbolos del jeroglífico, para escribir libremente sin el *two steep flow* del escriba intermediario. Por su lado, el dígito-binario ha puesto al alcance de todo usuario de la red una masa inconmensurable de informaciones y saberes siempre más respetables y creíbles que antes le eran prácticamente vedados o fuera de alcance, y restablecido el equilibrio acceso/participación, o si prefieren perceptor/emisor, dando a todos la posibilidad de acceder a mensajerías antes inalcanzables o limitadas en espacio y tiempo y de emitir mensajes para uno o millones de interlocutores, haciendo a la vez posible esa maravillosa multimedialidad que apenas anda en pañales. Reconozcamos con humildad que tan imponente fenómeno brotado de un cambio de código y luego facilitado por las tecnologías ha empañado el personalismo, estilo, importancia social, aura y prestigio de dos entre los más prominentes retransmisores de saberes e informaciones, el educador y el comunicador social, imponiéndoles a plazo la necesidad de renovarse y reinventarse o ser remplazados hasta por una eficiente robótica comunicacional.

Segundo criterio:

Pareciera –es solo una hipótesis sugestiva– que la escuela y el periódico terminarán cediendo a la red todo lo definible como *información* para concentrarse en cultivar en el educando y lector la capacidad de digerir dicha información hasta convertirla en *conocimiento*. La reflexión, la capacidad de asombro y de distinguir el grano del afrecho, el manejo de los grandes marcos filosóficos, histórico-geográficos y lingüísticos, la meditación, la investigación, ponderación, comparación y confrontación, el debate colectivo, la adopción o rechazo y la valoración axiológica, política y estética del *factum* informativo, serían los principales instrumentos intelectuales de esta digestión de la información y su conversión en alimenticio conocimiento. Tanto a nivel escolar como periodístico, y sin desmerecer del necesario manejo de la información pertinente, la investigación multidisciplinaria y de mayor alcance y profundidad remplazará grandemente la acuciosidad en lo factual tanto a nivel formal-escolar como a nivel periodístico. En el campo escolar, la presencialidad quedará reducida a la etapa primaria o poco más.

Tercer criterio:

Vamos raudamente hacia una construcción siempre más social del saber llamada *conocimiento compartido, ciencia ciudadana* o *plusvalía cognoscitiva* construida inductivamente por condensación de grandes y pequeños aportes individuales de la inteligencia colectiva, cuyos fragmentos subimos y bajamos de la red tal como lo predijo hace años Jeremy Rifkin en relación a las enormes centrales productoras de energía que serían remplazadas, como ya sucede, por una densa red de insumos-consumos, de gente que baja de la red energía y otra que introduce a la red el exceso por ella producida en mini-centrales incluso caseras. Wikipedia liquidó la gloriosa Enciclopedia alemana Brockhaus, ha obligado a la Enciclopedia Británica a adoptar su misma estrategia de abrirse a cualquier contribuyente en una operación de *conocimiento compartido*, y es un fenómeno a tomar terriblemente en serio; su credibilidad aumenta día a día, y su perfil de institución de interés social inventada por particulares, independiente de gobiernos y sistemas publicitarios, le añade *glamour*. Esta perspectiva induce a pensar, por ejemplo, que las vetustas páginas periodísticas de "la voz del lector", "correo del pueblo" y similares necesitan una audaz transfiguración que facilite la participación del lector en la misma redacción del periódico y conceda inteligentemente espacio a la multimedialidad, citando y copiando blogs y sitios de otras fuentes.

Cuarto y último criterio:

A la educación formal le espera una forzosa racionalización de sus relaciones con las TIC, hasta aquí signadas por un esquizofrénico amor/odio. Las TIC comenzaron siendo para el muy conservador mundo educativo meros *auxiliares docentes* como el lápiz y la tiza, y pasaron decenios para que fuesen elevadas al modestísimo rango de la *educación virtual*, o sea descalificada de entrada por no-real-verdadera, ficticia y mera antesala de algo real. Mientras tanto, las TIC se venían convirtiendo en el principal instrumento creado por el hombre para la difusión de datos informaciones y saberes, y el sistema tuvo que crear una educación a distancia o telemática, muy probablemente la única vía aún abierta para reinventar una educación democrática y de calidad. Sin embargo, el conservadurismo del gremio pareciera hasta reganar terreno y cunden voces de alarma: en una encuesta de 2010 sobre grandes desafíos para la educación en los próximos diez años, solo 8% de los entrevistados citó la presencia de las nuevas tecnologías; Norteamérica registra en su educación a distancia un abandono antes de concluir la carrera del 97%, Italia una baja en la matrícula del 49%, y el NYT se preguntaba recientemente si la educación a distancia era el *non plus ultra* de la democracia educativa o una gigantesca superchería. Abandonar las TIC en el siglo XXI sería empero una suprema estupidez para el sistema educativo, ante generaciones de alumnos cibernetizados a nunca jamás que desde la base fusionan a diario y sin angustias existenciales tecnología y aula, presencialidad y telemática. El mundo de las comunicaciones masivas, esto es, de la educación informal, supo adaptarse con más elegancia y eficacia que la educación formal, y sin pegar gritos, a las nuevas tecnologías. Si no quieren quedar definitivamente relegados, los ultra-conservadores de la educación habrán de aceptar incluso lo más duro para ellos, a saber, que avanza a grandes pasos una impetuosa convergencia entre procesos formales e informales de transmisión del saber.

Sobre todo esto, y sobre hechos y tendencias emparentados que se nos quedaron en el tintero, habrán de reflexionar de ahora en adelante autoridades sectoriales, asociaciones patronales y gremios laborales preocupados por el futuro de dos profesiones, las del *educador* y del *comunicador social*, emparentadas y vitales: porque educar es el capítulo más noble del comunicar y porque de la calidad, honestidad y buena praxis de ambas dependen en gran parte el futuro de la democracia, del progreso y de la humana convivencia.

ANTONIO PASQUALI
Investigador. Uno de los más reputados investigadores del fenómeno de las comunicaciones de América Latina. Su último trabajo La Comunicación Mundo (2011).

Nota

Lección magistral de Antonio Pasquali al cierre del Noveno Encuentro Internacional de Periodistas, XXVII Feria Internacional del Libro de Guadalajara FIL, 07.12.2013